

Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, Gérard BÉAUR, y Fabrice BOUDJAABA (eds.), *La historia rural en España y Francia (siglos XVI-XIX). Contribuciones para una historia comparada y renovada*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, 418 pp.

José Pablo Blanco Carrasco
Universidad de Extremadura

La propuesta de los historiadores que encabezan este proyecto editorial es ambiciosa: plantear un panorama crítico sobre la historia rural cultivada en España y Francia desde el punto de vista de las posibilidades de diálogo entre ambas. Todos los análisis se desenvuelven en un ambiente científico riguroso, de certidumbres inestables con frecuencia, expuesto sin temor a la controversia y por ello al margen de modas historiográficas y necesidades más perentorias. Muchas de sus conclusiones no son cómodas, ni aún amables, lo cual permite al lector participar de forma crítica en la lectura.

Para organizar una invitación como esta, los editores organizan el volumen en seis partes y una larga introducción en donde se desgranar precisamente sus líneas temáticas y las intenciones que persiguen con esta publicación. Cada sección ha sido encomendada a dos especialistas en la materia elegida –excepción hecha de la segunda parte–, que hacen de guías al lector interesado por los principales problemas históricos del mundo rural europeo del Antiguo Régimen, a través de un viaje a uno y otro lado de los Pirineos, sin olvidar el contexto europeo y los grandes debates de partida.

La primera senda es la que transita por la bibliografía dedicada a la población. Ofelia Rey hace un repaso de las aportaciones contenidas en los estudios que se han orientado al conocimiento de la evolución demográfica de las poblaciones, alumbrando de forma más intensa los trabajos sobre movimientos migratorios experimentados secularmente por la población de los entornos rurales. Su primera conclusión le lleva a considerar el relativo abandono del mundo rural por parte de los historiadores de la Edad Moderna y a la constatación de que “la mayor parte de lo que se sabe hoy sobre la población rural procede de investigaciones publicadas entre 1976 y 1990” (p. 37). A pesar de que temáticas como la observación de la evolución demográfica de amplias muestras rurales a partir de la reconstrucción series vitales, o la mortalidad crítica y su impacto diferencial siguen ofreciendo bases de datos aún imprescindibles; a pesar de las nuevas miradas sobre elementos centrales de la nupcialidad, como la consanguinidad, el abandono infantil o la vejez, la complejidad de las fuentes existentes no es tanta como sus deficiencias a la hora de construir una historia comparada a partir de la relectura de fondos documentales clásicos. En este sentido, la historiadora apuesta por reclamar una mirada microanalítica que responda a cuestiones aún por resolver: déficit más o menos acuciantes en los estudios sobre trayectorias de vida, redes migratorias o análisis diferenciales básicos, como la emigración femenina o el diferente modo con el que las familias gestionaban la movilidad de sus integrantes.

Stéphane Minvielle toma el relevo centrando su objetivo en la movilidad del mundo rural francés, aquejado de deficiencias similares a las relatadas por Ofelia Rey para el conjunto de España. Un problema estructural, la falta de fuentes directas junto a

una metodología basada esencialmente en la observación de las familias más estables, han relegado el estudio de las migraciones hasta los años ochenta del siglo XX. Desde entonces, la renovación epistemológica vivida por los estudios históricos demográficos franceses ha transformado el concepto de movilidad, entendida ahora en un sentido más general como tránsito, como circulación, una renovación que invita a reconsiderar el proceso migratorio con perspectivas encaminadas, más allá del hecho del desplazamiento, a describir procesos de socialización. A partir de la ampliación del marco de estudio –de la parroquia rural a territorios ordenados en torno a ciudades– y del marco documental único, se han dado avances evidentes en el conocimiento de una temática que, a pesar de todo, no goza aún del favor historiográfico necesario, en parte por el peso de la imagen predominante de individuos y familias mayoritariamente sedentarios, una imagen cuyo cuestionamiento se ve alentado por los datos ofrecidos en determinadas regiones francesas, como las áreas cercanas a París, sujetas históricamente a condiciones políticas, familiares y sociales que determinan altos niveles de movilidad en sus poblaciones. El debate abierto sobre la naturaleza sedentaria de la población rural francesa pone de relieve la necesidad de reconsiderar conceptualmente qué significaron los movimientos migratorios de corto radio en el campo, reevaluar las migraciones pendulares relacionadas con la estacionalidad de las labores agrarias y las migraciones campo ciudad. Tal como sugiere Ofelia Rey, Stéphane Minvielle apuesta por la renovación temática del estudio de las migraciones en tres direcciones: la reconsideración de las migraciones como un proceso que trasciende la iniciativa individual, los procesos de integración social en los nuevos espacios de vida de los emigrantes y el efecto de los diferenciales migratorios sobre un mundo condicionado por el acceso a la propiedad y las normas que la regulan.

La segunda sección del libro se dedica a otro de los grandes temas de la historia rural en ambos países: la producción y las redes comerciales, de la mano de Francis Brumont, Hervé Bennezon y Florent Mérot, junto a Máximo García Fernández y Jesús Manuel González Beltrán, desde puntos de arranque parejos en los últimos casos. El trabajo de Brumont analiza el escenario en el que se escribió la historia de la producción francesa ligada al proyecto de agregación de las colecciones decimales, un intento de respuesta colectivo al problema planteado por la ausencia de crisis de mortalidad generales en Francia a partir de 1709. Su desarrollo guía al lector magistralmente por las respuestas historiográficas ofrecidas por la historia rural francesa y por sus controversias. Para Brumont, la relativa sencillez de las primeras hipótesis ha ido matizándose a lo largo del tiempo, limitando su alcance y haciéndose progresivamente más complejas, contemplando otros procesos paralelos al del aumento de la producción de cereales: la expansión del viñedo, la introducción de nuevos cultivos.

El texto propuesto por Bennezon y Mérot fija su mirada en el problema de las relaciones establecidas entre campo y ciudad, presente ya en las primeras monografías del ruralismo francés –Goubert, 1960–, ya con una larga tradición de estudios a sus espaldas, con la comarca parisina como modelo. Para los autores, que analizan básicamente la producción historiográfica construida en torno a dicho territorio, la monografía comarcal ha producido evidentes progresos en la historiografía francesa, aunque, por el contrario, tales estudios han contribuido a diluir las peculiaridades de los escenarios rurales bajo la influencia de grandes aglomeraciones urbanas como París, convirtiéndolos en espacios casi inmóviles en el modelo explicativo tradicional. Desde

este punto de vista, bajo el prisma de una historia comparada, un descenso de escala en la observación del espacio estudiado ha permitido conocer con mayor detalle el dinamismo de sus habitantes, “la diversidad y la pluralidad de sus influencias”. La red viaria contribuye decisivamente a la apertura de las poblaciones circunvecinas de las principales ciudades; se convierte en una de las claves para comprender el dinamismo de los intercambios, tanto de personas como de mercancías, y permite observar la complejidad de las relaciones de bilateralidad establecidas entre los habitantes de ambos polos.

Con tono crítico, Máximo García Fernández y Jesús Manuel González Beltrán abordan el mundo de las mutuas dependencias comerciales establecidas entre la ciudad y sus zonas comerciales de influencia, dejando entrever muy pronto que, en España, un estudio de este aspecto fundamental de la economía y la sociedad moderna presenta amplias lagunas. El problema de la delimitación precisa de “lo urbano” –por funcionalidad o tamaño–, no ha dejado de visualizar una trayectoria mercada, tal como ocurre en Francia, por una dominación más o menos clara de la ciudad respecto de sus hinterland en términos señoriales y económicos, abandonando cualquier tentativa de explicación orientada en términos de bilateralidad. En este terreno, cuya dimensión política y social no conviene olvidar, el abastecimiento de las ciudades ha sido uno de los temas más abundantemente planteados por la historiografía. El miedo a la carestía es determinante para comprender la política de abastos en tales escenarios, sobre todo en un mercado desorganizado y no integrado más allá de la escala regional. Quizás los hogares y no las grandes corporaciones siguen planteando los principales problemas de interpretación. La revolución que supone el acceso de grandes capas de la población a bienes y servicios cuajada durante toda la época moderna preparó el camino a la era industrial, en parte limitada por una red de transportes muy deficitaria, pero sobre todo presa de la incapacidad de responder a las necesidades del mercado interior y de los obstáculos a los intercambios que acabaron por favorecer su fragmentación definitiva.

El bloque que reflexiona sobre las relaciones entre comunidades rurales, Estado y régimen señorial cuenta con los estimables trabajos de Laureano Rubio Pérez y Nadine Vivier. No es un bloque homogéneo dada la complejidad del tema que les ocupa. Por un lado, el contraste entre un mundo individualista y elitista, propio de escenarios urbanos, frente al ambiente comunitario, de organización y gestión colectiva, es el tema central del denso trabajo de Rubio Pérez, que pone su punto de mira en las estrechas relaciones que se establecen entre aquellas élites y sus ámbitos rurales de influencia, describiendo dependencias políticas y jurisdiccionales que no pueden someterse a una lectura lineal por la diversidad de respuestas manifestadas en España a lo largo del período moderno. La experiencia en este campo de Laureano Rubio le permite desgranar el complejo sistema de relaciones que se establece entre comunidad y concejo, diferenciando las diferentes formas –judicial, social, política– con las que esta relación se manifiesta, sobre todo en el reino de Castilla, un marco geográfico de referencia en todo el texto. Por su parte, Nadine Vivier opta por una cronología más cercana al siglo XIX y dirige su atención a tres cuestiones que resultan cruciales para comprender la evolución de la historiografía francesa: el problema de los comunes en el contexto de las nuevas concepciones sobre la productividad y la propiedad imperantes a mediados del siglo XVIII, las cambiantes relaciones fiscales entre el Estado, la comunidad y los grandes propietarios agrícolas tras la Revolución y, finalmente, el

proceso de autoafirmación por el que pasa el comunitarismo francés a mediados del siglo XIX.

Rosa Congost abre el bloque dedicado al trabajo y las relaciones sociales en el mundo rural con un texto que no elude el análisis historiográfico pero privilegia un enfoque de tono crítico centrado en dos ideas conectadas entre sí: la de una “expropiación campesina generalizada” durante la Edad Moderna, en el escenario de una historiografía dirigida a la explicación del proceso de privatización de la propiedad rural, y, en segundo lugar, la necesaria extensión conceptual de la “revolución industrial” popularizada por Jan De Vries (1981), con el fin de incorporar en tal concepto la trayectoria seguida por las comunidades agrarias del sur de Europa. En un texto complejo –quizás el de mayor complejidad del volumen– cuajado de reflexiones críticas, la autora repasa algunos conceptos y procesos claves, como la propiedad y su acceso, el mundo del trabajo o el individualismo, y apuesta por revitalizar metodológicamente las perspectivas de naturaleza dinámica de las relaciones sociales, la historia comparada de base regional y el análisis inclusivo desde el punto de vista social. En el mismo tono crítico Gérard Béaur explora, más allá del *miserabilismo*, la inestable relación del campesinado francés con la tierra, su dependencia del autoconsumo y las diferentes vías de superación de una limitación que caracterizó los años finales del siglo XVIII. La explotación familiar es el modelo básico de este paisaje agrario, un modo de vida que se repartía por igual por todo el país. Allí, en el borde mismo de la subsistencia, la división del trabajo entre los diferentes componentes de la familia se intensificó con la aparición de microexplotaciones orientadas a abastecer el mercado urbano, tanto en las zonas caracterizadas por la familia troncal como en aquellas otras en las que predominó el sistema de reparto igualitario. La complejidad de ingresos con los que cuenta la economía familiar incluye movimientos migratorios planificados, trabajos puntuales en grandes explotaciones y largas estancias como sirvientes en las casas de las familias que podían permitírselo. Ello confirma el manejo de un amplio abanico de actividades para asegurar su existencia, repartidas en un ámbito geográfico más extenso del que viene siendo considerado.

Una parte de la sección dedicada a la familia campesina entronca directamente con problemas y debates desgranados en los trabajos previos, de manera que el lector puede establecer un continuo casi sin fracturas entre los trabajos de Congost y Béaur y los que integran dicha sección. Francisco García González, coeditor del volumen, abre el análisis de la familia y la propiedad campesina con una perspectiva distinta a la expuesta en los trabajos anteriores, pero privilegiando también el análisis de la propiedad, al que sitúa en el centro de su reflexión. El eje explicativo sobre el que gira su relato es el concepto de la desigualdad, un concepto que ha definido parte de su obra más reconocible: entendida como problema historiográfico, alerta sobre los diferenciales de atención vertidos sobre los diferentes escenarios posibles en el mundo rural, más complejos de lo que el binomio élite-masa campesina puede ofrecer; entendida como centro de una lógica explicativa integradora, la desigualdad se convierte en estrategia en condiciones de vida que pueden, con frecuencia, entorpecer cualquier iniciativa de movilidad social. En efecto, los análisis regionales ponen de manifiesto un contexto de polarización creciente, de empobrecimiento en zonas relativamente extensas del país, incluso admitiendo las carencias que todavía son visibles en el conocimiento, por ejemplo, de las dinámicas que gobiernan la pequeña propiedad, lagunas que se ensanchan y se hacen aún más profundas cuando se

consideran los casos situados en los márgenes de la comunidad rural, como son los hogares y explotaciones encabezados por mujeres, ancianos, desposeídos... Esta reflexión engarza con la evaluación crítica de los estudios que han puesto su punto de mira en el sistema de reproducción social, en especial en el amplio territorio dominado por el heredero único. La carencia de un análisis comparado de realidades complejas regionalmente es igualmente constatable en el análisis de las unidades de explotación en las que la casa es el centro alrededor del cual gravita la vida económica y social –relacional– de la comunidad rural, aunque no en términos de igualdad precisamente. Lazos de “parentesco, ayuda, amistad y solidaridad, alianzas y redes” (p. 291) modelan la vida diaria de sus integrantes en términos de desigualdad, de diferente perfil conforme se atraviesan hitos del ciclo de vida, pero determinante de las relaciones sociales en el interior de las comunidades.

Otro de los editores, Fabrice Boudjaaba, acomete una revisión del problema de la familia y sus relaciones con la movilidad social y la propiedad en el medio rural francés con mimbres parecidos. La familia campesina caracterizada como unidad residencial y de producción, despliega un universo temático a través del cual el lector puede llegar a comprender las relaciones familiares con la tierra, convertida en Francia en una forma ideal de organización, con la convivencia –entendida como relaciones de poder– con el resto de la comunidad. En este capítulo se constata, sin embargo, que a lo largo de los últimos veinte años se observa cierto cambio de tendencia en la interpretación que los historiadores han dado a esta relación. La transmisión de bienes, un momento clave para la familia campesina, dominada por la perspectiva que sobre este problema ofreció Le Play a finales del siglo XIX, privilegió el estudio de sistemas de herencia desigual, basados en el autoconsumo y la obtención de ingresos extraordinarios destinados a compensar la relativa falta de medios con los que afrontar el destino de una parte importante de los componentes del hogar extenso. La inclusión en este universo historiográfico de los primeros trabajos dedicados al estudio del mundo campesino en territorios de reparto igualitario del patrimonio familiar, en donde las dinámicas del mercado de la tierra están más abiertas a la comercialización de propiedades, permitió poner en tela de juicio el carácter central del sistema hereditario desigual en la construcción de un modelo único. Configuraciones y destinos cambiantes, transformaciones e influencias diversas han matizado la visión casi exclusiva del hogar campesino como el resultado pasivo y último de un sistema de propiedad inmóvil. Esta relectura ha puesto énfasis en los modos de adaptación de los sistemas más rígidos a los cambios estructurales provocados por la demografía, cambios visibles en los sistemas legales, en la costumbre, y en las estructuras sociales.

Desde un punto de vista analítico, la inclusión de dos capítulos dedicados a la iglesia en el mundo rural moderno, es un acierto, no sólo por ser un tema poco atendido por la historiografía, tal como expone Pegerto Saavedra al inicio de su trabajo sobre el clero rural en la España moderna, sino también por representar una parte sustancial de la sociedad en la que se instalan, en donde la vida religiosa, de tintes comunitarios, se caracteriza por ocupar parcelas muy relevantes de la vida diaria de las familias. A pesar de que no se analiza en profundidad el problema de las propiedades en manos de la iglesia rural –es el mundo social del clero secular lo que ocupa principalmente la atención de este capítulo–, se llama la atención sobre su heterogeneidad, a la centralidad de sus actividades y la necesaria revisión temática que es preciso abordar en el tratamiento de este amplio sector de la Iglesia.

Pablo F. Luna pone énfasis también en la revisión historiográfica y bibliográfica a partir, en su caso, de la constatación de un interés muy fructífero por parte de la historiografía ruralista francesa por la historia de la cultura: la fiesta religiosa, el peregrinaje, las ceremonias colectivas, la popularidad de los milagros y la construcción de la identidad... Junto al estudio de los orígenes de la laicidad, la necesidad de estudiar “paisajes del hecho religioso” (p. 388) o las tentativas por ofrecer una perspectiva de la Revolución desde el punto de vista de la vida religiosa, han puesto de manifiesto la debilidad de los estudios de base sociológica cuantitativa. Las páginas finales de este trabajo presentan un análisis comparado de las tradiciones historiográficas española y francesa sobre la economía eclesiástica, la evolución de los patrimonios y los cambios producidos en la relación mantenida por la Iglesia respecto a la administración de sus propiedades.